

## PREFACIO

Hace ya bastante tiempo que me propuse estudiar la Exposición de Filipinas de 1887; sin embargo, habrían de transcurrir casi dos décadas para que ese temprano proyecto se pusiera definitivamente en marcha. Debo aclarar que este personal interés por tan singular contexto histórico hispano-filipino tuvo su origen en un terreno no estrictamente filipinista. Durante los años de licenciatura universitaria, a comienzos de la década de los ochenta, me interesaba tanto la investigación historiográfica como la antropológica, aunque pronto opté por centrarme en el estudio de la historia de la antropología española decimonónica. Fue también entonces cuando redacté un pequeño trabajo de curso sobre el Museo Nacional de Etnología, heredero del antiguo Museo Antropológico que fundara en Madrid, en 1875, el doctor Pedro González de Velasco, que en la actualidad se ha convertido en una de las dos sedes del *virtual* Museo Nacional de Antropología. Precisamente aquel centro había recibido en 1908 las colecciones etnográficas procedentes del extinto Museo-Biblioteca de Ultramar que, a su vez, se formó con gran parte de los materiales exhibidos en la exposición de 1887. Este puntual y algo superficial encuentro académico con el museo etnológico se produjo cuando ya hacía tiempo que había tenido mi primer contacto con la institución. Bastantes años atrás, y como otros muchos escolares madrileños, había tenido oportunidad de conocer el museo etnológico en varias visitas de pretendido carácter académico-docente. Al margen de lo que se hubiera podido imaginar previamente cada uno de nosotros, y en relación directa con la mayor o menor atención que cada cual ponía en el recorrido del museo, lo cierto es que resultaba inevitable que aquellas visitas dejaran algún tipo de impronta en más de uno de los chavales que contemplábamos el muy singular panorama que se nos mostraba nada más traspasar el pórtico neoclásico del edificio. Allí, frente a nuestros ojos, aunque en oscuras y quizás un tanto lúgubres vitrinas, podíamos contemplar extrañas y maravillosas armas de *indios salvajes* –de pueblos fili-

pinos— cuyos seductores diseños y escalofriantes usos superaban con creces todo lo que hubiéramos podido imaginar en nuestras más audaces fantasías: llamativas lanzas, extraños escudos escotados, temibles hachas destinadas nada menos que al corte ritual de cabezas y, sobre todo, unos puñales y unas espadas de hojas sinuosas con poderes verdaderamente hipnóticos que desvelaban a gritos su origen “pirata”. Pero aún había algo mejor: nada menos que auténticas cabezas humanas reducidas, salidas de las manos de aquellos seres cuya solo mención evocaba terror, selva y aventura, ¡los jíbaros! Y no, no exagero; contemplar esos pequeños y ennegrecidos rostros humanos, de cabellos lacios y labios dramáticamente cosidos, era para todos una experiencia excitante, pavorosa y un tanto mágica. Pero resulta que aún había más: las momias andinas; esos tétricos cadáveres de mujeres en posición sentada o acucillada, esa piel reseca y retorcida, los huecos que se abrían en sus cuerpos y que hacían entrever aún más tenebrosas cavidades... Sí, era una curiosidad ciertamente morbosa y, además, provocaba algo de miedo, pero, ¿quién podía resistirse a ella?

Estos poderosos recuerdos de la infancia se reavivaron con aquel incipiente trabajo de curso universitario y éste, a su vez, bebió de aquellas fuentes, aunque fuera de forma inconsciente e involuntaria. Al final, aquella curiosidad morbosa, sin desaparecer del todo, cedió el paso a un interés presuntamente científico por tan singular espacio museístico, lo que me condujo de forma decidida a ensayar un acercamiento más o menos serio a la historia del museo. En esta coyuntura, una nueva y favorable circunstancia se hizo presente. En efecto, a muy poca distancia del museo, en el cercano Parque del Retiro, hacía años que podía disfrutar —sin hasta entonces ser consciente de su vinculación con el museo y el certamen filipino— del entorno natural y de los edificios en los que precisamente tuvo lugar la exposición de 1887, con el atractivo Palacio de Velázquez —pabellón central de aquella muestra— y, junto a éste, el admirado Palacio de Cristal, que se alza espléndido tras un no menos cautivador lago, todo ello rodeado de una frondosa vegetación y envuelto en un ambiente de romántica y domesticada belleza. Ante tan feliz conjunción de elementos —una rica y sugerente colección etnográfica y la vitalidad del paisaje del Parque del Retiro—, era casi inevitable desear conocer algo más sobre aquella muestra colonial y el entramado político y científico que la hizo posible. Éste era mi deseo. Sin embargo, aunque comencé a trabajar con ese objetivo y pese a que llegué a publicar un artículo en el que se estudiaban algunas iniciativas planteadas por la administración española para el conocimiento antropológico del archipiélago filipino (Sánchez Gómez, 1987), lo cierto es que apenas sin darme cuenta, al principio, y luego de forma ya totalmente intencionada, me fui desviando de aquel propósito inicial y terminé estudiando, y redactando mi tesis doctoral, leída en 1989, sobre una temática filipinista bastante alejada de la que original-

mente había diseñado, referida a las relaciones establecidas durante el siglo XIX entre la administración colonial y las élites indígenas de Filipinas (Sánchez Gómez, 1991). Después de unos cuantos años de rondar de nuevo el tema de la exposición, decidí retomarlo a comienzos de 1999. Las páginas que siguen son la consecuencia de esa renovada empresa.

Y ahora, tras haber informado sobre el rancio abolengo del estudio que aquí se presenta, permítaseme que argumente y defienda de forma breve su interés. Aparentemente, el objeto de estudio de este trabajo podría resultar de escasa relevancia histórica o antropológica. He dedicado tiempo y esfuerzo al análisis e interpretación de un hecho muy puntual, que tiene lugar en un contexto geográfico y temporal muy localizado, que afecta a un imperio colonial de muy segunda fila, a una colonia lejana –respecto a Europa, claro está– y en gran medida ajena a los grandes acontecimientos de la historia universal y que tiene como protagonista, en cuanto que organizador, a un estado europeo no ya de segunda, sino de tercera o aún inferior categoría durante aquel último tercio del siglo XIX. Pero no podemos conformarnos con unos planteamientos tan simplistas. Estudiar la exposición de 1887 tiene un indudable interés, un interés que se abre hacia campos y planos tremendamente diversos y que afecta a diferentes disciplinas. En principio, he de reconocer que los resultados de esa investigación parecen ser más útiles a la historia política y de las mentalidades de una sociedad del Occidente europeo decimonónico que al conocimiento histórico y antropológico del complejo entramado étnico y social que entonces se exhibe. Esto es indudablemente cierto: cualquier exposición colonial refleja mucho más, aunque sea de forma distorsionada y plurifacética, a la sociedad que la organiza que a los pueblos que en ella se presentan. Pero, por mi parte, he pretendido que el estudio ofrezca información y claves interpretativas no solo sobre determinados ámbitos de las clases política e intelectual hispanas y sobre la singular historia de la presencia de España en Filipinas a finales del XIX, sino sobre la esencia global de la sociedad colonial, una sociedad formada tanto por instituciones y personajes creados y modelados desde la metrópoli como por la propia población filipina, que en modo alguno resulta homogénea, no solo por razones étnicas o lingüísticas, sino por muy particulares circunstancias políticas, económicas y sociales. En este sentido, considero que a lo largo del trabajo se ofrece un material y se articulan unos análisis que han de resultar ciertamente útiles para comprender y valorar el papel que juegan en la Filipinas colonial, de un lado, determinados estamentos de la sociedad civil y sobre todo del clero regular español, y, de otro, ciertos personajes pertenecientes a las élites indígenas o mestizas del Archipiélago. Si a todo ello unimos el estudio de los muy diversos discursos e imágenes articuladas sobre Filipinas y los filipinos en la Península, la valoración e interpretación del fenómeno de las exposiciones etnográficas y coloniales y, finalmente, la

comparación entre los modelos de presentación y representación colonial puestos en práctica por España, por algunos países europeos y por los Estados Unidos de Norteamérica, creo sinceramente que se deberían desvanecer las dudas que pudieran existir sobre la conveniencia y la utilidad de un trabajo que, pese a lo que inicialmente pudiera parecer, no se resume en una singular o caprichosa práctica de microhistoria.

Luis Ángel Sánchez Gómez  
*Madrid, diciembre de 2002*

## INTRODUCCIÓN

Entre los meses de junio y octubre de 1887 tuvo lugar en el Parque del Retiro de Madrid un acontecimiento excepcional y único en toda la historia colonial de España. Nos referimos a la que fuera conocida de forma oficial como “Exposición General de las Islas Filipinas”. Qué razones hubo para organizar entonces una exposición colonial y por qué fue su protagonista el archipiélago filipino son cuestiones a las que trataremos de dar respuesta en el capítulo primero. Ahora es conveniente que presentemos algunas de las claves de la historia política y económica de aquel lejano territorio insular durante el siglo XIX y que conozcamos con algún detalle los rasgos esenciales y los condicionantes principales que inciden en las formas de vida de sus pobladores, tanto nativos como foráneos, en el preciso momento en el que tiene lugar la exposición y durante las décadas inmediatamente anteriores a su celebración. En este sentido, no cabe duda de que Filipinas es la colonia, o la “provincia de ultramar”, más singular de las escasas posesiones que aún retiene allende los mares la Corona española en la segunda mitad del XIX, y lo es por varias razones. En primer lugar, por su lejanía de la metrópoli, lo cual implica que desde los primeros momentos de la presencia española los vínculos con la Península estén muy mediatizados por el enlace de Nueva España. Tras la independencia novohispana, los miles de kilómetros que la separan de la Península continúan siendo una realidad que, aún después de la apertura del Canal de Suez, condiciona en gran medida el modelo de relaciones establecido entre las gentes y las tierras peninsulares y aquellas lejanas posesiones del Pacífico. Un segundo factor diferenciador, aún más trascendental que la distancia, es que Filipinas, a diferencia de Cuba, nunca fue realmente colonizada en clave demográfica, esto es, nunca albergó más que a algún que otro millar de españoles, la inmensa mayoría religiosos, militares y empleados de la administración. Su población es casi exclusivamente indígena, aunque perteneciente a muy diversas etnias, con la destacada presencia de gentes de orígenes no insulares, especialmente chinos. Se podría argumentar que una situación similar, en cuanto al desequilibrio entre pobla-

ción española y población indígena, se documenta también en las posesiones de España en África. Sin embargo, la presencia española en el continente africano no es en modo alguno comparable, por la muy diferente intensidad y orientación del fenómeno colonial, con el caso filipino. En Filipinas, la inmensidad numérica de la población indígena y la escasa incidencia cuantitativa, que no cualitativa, del mestizaje condicionan de forma significativa la política y la administración colonial españolas, al igual que también lo hace en cierto sentido la experiencia americana previa. Como consecuencia de todo ello, las relaciones que se establecen entre españoles y filipinos presentan una cierta complejidad, que varía de acuerdo con los estamentos y grupos étnicos que participan en cada momento y lugar en el fragmentado mosaico social, complejidad que se intensifica de forma evidente durante la segunda mitad del siglo XIX.

Para poder valorar de forma más ajustada lo que acabamos de anotar, lo mejor que podemos hacer es abordar un análisis, si bien que inicial y muy somero, de esa red de vínculos y discontinuidades sociopolíticas, presentando a las más significativas comunidades indígenas filipinas que participan en el drama colonial. Como eje central de todo el sistema hemos de referirnos, en primer lugar, a las gentes que ocupan las tierras bajas de las principales islas, a la que se ha dado en llamar la población malaya, que no son otros que los entonces conocidos propiamente como “indios filipinos”, término con el que se nombra en realidad a la inmensa mayoría de los habitantes del Archipiélago, esto es, a todos aquellos pobladores que ni son *negritos*<sup>1</sup> ni pertenecen a las etnias que hasta hace algún tiempo eran consideradas de origen indonesio.<sup>2</sup> Estos isleños son cristianizados relativamente pronto, y

---

<sup>1</sup> *Negrito* es la denominación que los españoles utilizan desde los primeros momentos de su presencia en el Archipiélago para nombrar a los individuos de piel negra y baja estatura que tan diferentes eran del “indio filipino”. El término ha sido asumido de forma generalizada en el ámbito de la antropología; por ello, lo utilizaremos en el texto sin entrecomillar. Se les conoce también como *aeta*, *ita* o *agta*. Habitan mayoritariamente en áreas montañosas y aisladas de Luzón (sobre todo en las montañas de Zambales, Bataan, Pampanga, Tarlac y Pangasinan, encontrándose de forma más dispersa en otras provincias), en Visayas (Panay y Negros) y en Mindanao (en Surigao del Norte y Agusan del Norte) (Tenazas y Ramas, 1974).

<sup>2</sup> La teoría de las tres oleadas migratorias –de negritos, indonesios y malayos– que habrían poblado de forma sucesiva el Archipiélago fue desarrollada por etnólogos del último tercio del siglo XIX, como Montano, Blumentritt –aunque éste no habló de indonesios, sino de dos oleadas de malayos– o el español Manuel Antón, y sistematizada por el norteamericano H. Otley Beyer en las primeras décadas del XX. No obstante, en la actualidad, la mayor parte de los autores acepta únicamente dos grandes movimientos migratorios en la formación de la población de las islas del Sudeste Asiático y el Pacífico: una primera de poblaciones australoides, de la que formarían parte, como especialización étnica, los negritos, y una segunda, datada hace cinco o seis mil años, de poblaciones mongoloides del sur de Asia, que algunos autores denominan austronesios, por hablar lenguas integradas en esta familia lingüística, que también es nombrada malayo-polinesia. En ningún caso se trataría de comunidades étnicamente homogéneas. Puede verse un resumen sobre estas cuestiones en Scott

desde fecha temprana se integran plenamente en el sistema colonial estructurado por los españoles, disfrutando por tanto de las posibles ventajas y de los no pocos inconvenientes de dicha inserción en mucha mayor medida que otros grupos de población.

Un segundo modelo que regula las relaciones establecidas entre españoles y filipinos es el que se construye en torno a la comunidad musulmana, los *moros*,<sup>3</sup> concentrada fundamentalmente en el archipiélago de Sulú –de Joló, para los españoles– y en la isla de Mindanao, con presencia también en la de Palawan –la antigua Paragua–, si bien es verdad que ya en el siglo XVI la expansión del Islam en Filipinas había alcanzado incluso al propio enclave de Manila. Aunque en uno u otro momento se firman acuerdos y pactos con *datos*<sup>4</sup> y sultanes, lo cierto es que las relaciones entre españoles y malayo-musulmanes aparecen siempre marcadas por el enfrentamiento bélico o, cuando no hay violencia de por medio, por el recelo y la desconfianza. Desde mediados del siglo XIX, no obstante, el poder de los sultanes de Sulú y Mindanao decae de forma notable, debido en gran parte a la mejora del potencial bélico de las naves españolas desplegadas en la zona.

En tercer lugar nos resta mencionar a las poblaciones consideradas históricamente por los españoles como *salvajes* o *infieles*, calificativos que identifican a todas aquellas gentes no musulmanas que ni habían sido cristianizadas ni se había logrado que aceptaran los modelos de organización social impulsados por la administración colonial hispana.<sup>5</sup> Aunque existen poblaciones que participan de estas características en un buen número de islas del Archipiélago –entre ellas los citados negritos–, quienes tienen con-

---

(1997: 10-12). Anotemos que, en un reciente texto, Aguilar (2001) hace un muy interesante análisis de las circunstancias y condicionantes etno-políticos que, vinculados a esta teoría de las tres oleadas migratorias, afectan al ideario nacionalista de los ilustrados filipinos del XIX.

<sup>3</sup> El término *moro* lo aplican los españoles a los pueblos malayos de religión musulmana con los que, literalmente, se topan en Filipinas nada más echar pie a tierra en las islas. Aunque en un principio tuvo, indudablemente, un carácter peyorativo, semejante al que de hecho ofrecía en la Península, con el paso del tiempo se convirtió en la denominación utilizada de forma general para nombrar a los filipinos malayos pertenecientes al Islam. Incluso los propios musulmanes lo hicieron suyo, a modo de rasgo de identidad. Véase en este sentido la proliferación del término *moro* en organizaciones de todo tipo, incluidas las políticas de carácter independentista, como puede ser el *Moro National Liberation Front*, que pretende la independencia de la comunidad *Bangsa Moro* –literalmente, “nación o pueblo moro”–, esto es, de la población mora y los territorios de Sulú (archipiélago de Joló), Mindanao, Basilan y Palawan (Paragua).

<sup>4</sup> *Dato* o *datu* es el nombre con el que se conoce a las autoridades locales indígenas en la época prehispánica. El término se emplea durante la etapa española para nombrar a esos mismos personajes en el seno de las comunidades malayo-musulmanas.

<sup>5</sup> Salvo que se trate de citas textuales o en algún otro contexto especial, a lo largo de toda la obra vamos a escribir los términos salvaje, infiel o primitivo sin entrecomillar, debiendo entenderse sus significados en el contexto propio de la época que estudiamos. En ningún caso los empleamos como recurso descriptivo o interpretativo personal.

tactos, mejor encontronazos, más relevantes con los españoles son los famosos *igorrote*s del norte de Luzón.<sup>6</sup> Con todos esos grupos las autoridades españolas mantienen relaciones muy limitadas, lo que no es obstáculo para que en uno u otro momento se produzcan enfrentamientos bélicos de cierta intensidad. En efecto, si bien ya se desarrollan en épocas anteriores, sobre todo desde finales del XVIII, las campañas militares en el interior de la isla de Luzón se intensifican durante la segunda mitad del siglo XIX; sus objetivos son la “reducción” de poblaciones no sometidas, la destrucción de plantaciones ilegales de tabaco –en momentos previos al desestanco de 1881-83–, la apertura de nuevas vías de comunicación o el desarrollo de “operaciones de castigo”, aunque también está de por medio la atracción ejercida por el oro del territorio del Apayao. En el mejor de los casos, las relaciones entre los españoles y estas comunidades se institucionalizan bajo la figura del “reconocimiento de vasallaje de remontados e infieles”, denominación oficial del tributo que abonan los pueblos salvajes que, sin estar cristianizados, aceptan de forma tácita la soberanía española.<sup>7</sup> Por supuesto, algunos grupos y algunos individuos colaboran con las tropas españolas

---

<sup>6</sup> El término *igorrote* fue utilizado por los españoles para nombrar a un buen número de pueblos primitivos de las montañas de Luzón, ya que, al parecer, las gentes de las tierras bajas vecinas denominaban a aquéllos *igolot*, esto es, gente de la montaña, dado que *golot* es un término del tagalo antiguo que significa sierra o cordillera (Scott, 1988: xiii). Aunque todavía puede encontrarse en alguna obra etnográfica contemporánea, lo cierto es que la denominación genérica de *igorrote*s fue desterrada desde hace algunas décadas de la bibliografía antropológica. No obstante, sigue habiendo cierta confusión, ya que en una misma obra podemos encontrar un mapa etnográfico que continúa utilizando aquel término y distingue a los *igorots* –en este caso, suponemos que se reúne bajo esta última denominación a *ibaloys* y *kankanays* (o *kankanacys*)– de los *bontocs*, mientras que en otro mapa no se menciona ya como grupo étnico a los *igorots*, sino de forma individualizada a *bontocs*, *ibaloys* y *kankanays* (Zamora, 1992: 15 y 27). En otras ocasiones, se nombra a los *bontocs* como *bontoc igorots*. Otras etnias de las montañas de Luzón que en ocasiones se han englobado bajo el término genérico de *igorrote*s, aunque en mucha menor medida que las tres anteriores, son las de los *apayaos* (*isneg*), *kalingas*, *ifugaos*, *tinguianes* (*itneg*), *gaddangs* e *ilongotes*. Pero la cuestión terminológica se complica, o quizás se aclara, aún más por el hecho de que desde hace algunas décadas el término *igorot* viene siendo reivindicado por algunos grupos étnicos de las montañas de Luzón para articular su identidad cultural, como hicieron antes los musulmanes con el calificativo de *moro*. Así, *igorrote*s emigrantes en Estados Unidos han creado una *Igorot Global Organization* e incluso editan una publicación periódica con el título de *Igorot Quarterly* (Afalse, 1998). Por nuestra parte, emplearemos el término *igorrote* sin entrecomillar, para referirnos tanto a los filipinos que fueron calificados como tales en 1887 como a aquellas comunidades indígenas que, sin concretar su etnia, las fuentes de la época incluyen bajo dicha denominación.

<sup>7</sup> A finales de siglo se compendia, aunque no por iniciativa oficial, la amplia y compleja relación de leyes, órdenes y decretos que, desde la Recopilación de Leyes de Indias, hace frente al “problema” de las poblaciones no cristianizadas. Me refiero a la obra *Reconocimiento de vasallaje de remontados e infieles* (Manila: Estab. tipo-litog. de Ramírez y Comp., 1892, colección de “El faro administrativo”).



en su interés por encontrar aliados contra enemigos tradicionales o para consolidar posiciones personales de privilegio en sus comunidades, circunstancias ambas de las que participan algunos de los igorotes presentes en la exposición de 1887.

Además de los tres grandes grupos de población citados, aún es posible reseñar la existencia de otros filipinos que mantienen unas relaciones singularizadas con los españoles. Nos referimos, en primer lugar, a los chinos o *sangleyes*,<sup>8</sup> que siempre fueron catalogados al margen de los indios filipinos, con distintos derechos y obligaciones, y mejor o peor considerados según las diferentes épocas –aunque casi siempre despreciados–, si bien el poder económico que alcanzan no pocos de ellos les habría de otorgar un destacado papel en la historia del Archipiélago. Tampoco debemos olvidarnos de la población mestiza. Los mestizos de chino son asimilados prácticamente a la condición de chinos, aunque no siempre, y de hecho tienden a situarse, debido a su elevado nivel económico, en una posición similar e incluso superior a la de los más destacados personajes de las principalías indígenas.<sup>9</sup> Situación muy distinta es la del mestizo de español, que se vuelca parcialmente hacia la categoría de español, al menos a la de español filipino. No obstante, la articulación de identidades entre tales “castas” mestizas es una cuestión bastante compleja. Así, por ejemplo, algunos de los nacionalistas filipinos más destacados del último tercio del siglo XIX son precisamente mestizos –de chino o de español– y algunos incluso criollos, esto es, españoles filipinos.

Pero, como decíamos al comienzo, es la población malaya cristianizada de Luzón y Visayas la que da sentido a la auténtica sociedad colonial filipina. Fueron sus élites indígenas las que, de forma más o menos entusiasta, aceptaron los esquemas de organización del poder impuestos por los españoles a partir del siglo XVI, logrando retener buena parte del mismo en la esfera local. Aunque en otros capítulos del libro haremos las referencias bibliográficas pertinentes, desde ahora es necesario advertir sobre las dificultades y tensiones que desde muy pronto, y hasta el final de la presencia española, se manifiestan en los ámbitos local y provincial de la administración del Archipiélago, contextos en los que tienen un papel destacado, aunque no siempre cómodo ni propicio, esas élites indígenas mencionadas. En principio, los filipinos integrantes de las principalías locales se encuentran claramente subordinados a los designios de párrocos –casi exclusivamente del clero regular– y jefes provinciales, ambas figuras copadas por españoles

---

<sup>8</sup> El término *sangle* deriva de la voz de origen chino –concretamente del hokkienés– *sangli*, que significa mercader o comerciante.

<sup>9</sup> El término “principal” designa, al igual que en el contexto colonial americano, al individuo perteneciente a las élites locales indígenas, a las “principalías”, de las que forman parte los gobernadorcillos y las restantes autoridades de la administración local. Puede consultarse al respecto Sánchez Gómez (1991 y 1996a).

peninsulares y de excepcional importancia en el entramado social. No obstante, bien fuera por alianzas con estos representantes de la autoridad civil y espiritual colonial o mediante pactos entre familias principales, su situación no es siempre, en la práctica, subordinada, como se comprueba al estudiar precisamente la conformación de los gobiernos locales. Por lo demás, es cierto que la sumisión forzada del indígena, sea cual fuere su condición, se erige como el condicionante clave en el sistema de relaciones establecido entre españoles y nativos. Ya se trate de religiosos –a excepción quizás de algunos jesuitas–, comerciantes –que no fueron muchos– o funcionarios, los españoles se consideran en todo momento y lugar miembros de una “raza” superior a la supuesta “raza” indígena, catalogando a los nativos, cuando optan por una argumentación benevolente, como seres infantiles, dóciles y de muy limitada inteligencia.

Con el transcurso del tiempo, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, las transformaciones económicas y sociales que sufre el Archipiélago hacen que la estructura social de determinadas poblaciones y provincias de Luzón y Visayas se torne notablemente más compleja que en etapas anteriores. De este modo, se intensifican las diferencias socioeconómicas entre la clase indígena, hasta el punto de que algunas familias indias o mestizas alcanzan el suficiente poder para plantear en determinados contextos nuevos modelos de relaciones con los españoles. A esas familias pertenecen los llamados *ilustrados* –los miembros de las élites indígenas y mestizas educados según modelos occidentales, considerados como la “primera burguesía nacionalista del Sudeste Asiático” (Delgado, 2001: 117)–, quienes pese a su intensa actividad propagandista no logran que la administración española asuma sus reivindicaciones de mayor libertad política y representación en Cortes. En resumen, la configuración étnica y social de Filipinas era desde sus inicios, y se fue haciendo aún más, lo suficientemente compleja para singularizar la colonia de forma muy destacada.

Pero la originalidad de Filipinas no se agota en la geografía y en los factores étnico y demográfico. El modelo económico-hacendístico es el tercer gran elemento que hemos de destacar.<sup>10</sup> A diferencia de lo ocurrido en América, hasta bien entrado el siglo XIX la economía y la hacienda filipinas dependen casi de forma absoluta de la metrópoli, de las llamadas *cajas rea-*

---

<sup>10</sup> El mejor estudio sobre el tema es el libro de Fradera (1999b) que lleva precisamente el título de *Filipinas, la colonia más peculiar*, cuyo autor lo es también de un breve artículo en el que se comparan los diferentes y divergentes modelos coloniales de Cuba y Filipinas a finales del XIX (Fradera, 1998), de uno más sobre las consecuencias de la crisis de 1898 (Fradera, 2000b) y de una sugerente síntesis sobre el desarrollo de la colonia filipina (Fradera, 2001). Aunque centrado en el análisis del “marco histórico de la participación catalana en el complejo español de ultramar”, su texto para el catálogo de la exposición *Catalunya i Ultramar* es igualmente una referencia inexcusable para el conocimiento general del colonialismo español decimonónico (Fradera, 1995).

*les*, produciendo tremendos déficits.<sup>11</sup> El comercio exterior estaba monopolizado por el famoso Galeón de Manila, por lo que será gracias al estanco del tabaco, a finales del XVIII, cuando se obtengan por vez primera los recursos económicos necesarios para equilibrar la sangría de gastos.<sup>12</sup> Ese estanco serviría también para encauzar adecuadamente la incipiente liberalización del comercio que se produce durante las primeras décadas del XIX, tras la supresión del Galeón y de la Real Compañía de Filipinas y la apertura del puerto de Manila al comercio exterior en 1834. No obstante, y a diferencia de lo ocurrido en América y, más aún, de la situación contemporánea que se vive en Cuba, en la economía de Filipinas nunca se desarrolla una actividad comercial española de relieve, lo que no significa que esa actividad no deje de tener cierta importancia precisamente durante el último tercio del siglo, vinculada de forma mayoritaria con el ámbito empresarial catalán (Rodrigo, 2001). Pero salvo casos muy especiales –los más destacados son los de la Compañía Trasatlántica<sup>13</sup> y la Compañía General de Tabacos de Filipinas,<sup>14</sup> ambas empresas íntimamente vinculadas entre sí–, la explotación industrial de los principales productos agrarios y el comercio exterior están en manos de británicos, norteamericanos y alemanes, mientras que en niveles inferiores, o simplemente diferentes, se mueven algunos mestizos y determinados personajes de las élites indígenas, además de algunas órdenes religiosas. Como seguidamente veremos, esta desequilibrada relación económica entre colonia y metrópoli es uno de los argumentos que maneja la administración española para justificar la celebración de la exposición madrileña.

Una vez conocido el ámbito de referencia de la investigación, vamos a presentar de forma sumaria sus contenidos. El objetivo del estudio es, claro está, el análisis e interpretación de la Exposición de Filipinas celebrada en Madrid en 1887. Pero no se abordará esa tarea desde una consideración unívoca y cerrada del certamen, sino partiendo de la premisa de que se trata de

---

<sup>11</sup> En la síntesis económica que ofrecemos seguimos el breve pero interesante artículo de Delgado Ribas (1999).

<sup>12</sup> Sobre el estanco del tabaco en Filipinas, ver Jesus (1985).

<sup>13</sup> Sobre la Compañía Trasatlántica, el grupo Comillas –al que pertenece su fundador–, su vinculación con la política colonial española y la línea de vapores-correo entre España y Filipinas durante las últimas décadas del siglo XIX, pueden consultarse varios trabajos de Rodrigo y Alharilla (1995, 1998, 2000 y 2001). Como en su momento veremos, la Compañía Trasatlántica es la encargada del transporte de todos los objetos y del personal que participa en la Exposición de Filipinas.

<sup>14</sup> La Compañía General de Tabacos de Filipinas, “La Tabacalera”, constituida en Barcelona en 1881, tras el desestanco del tabaco filipino, tiene un destacado papel en la exposición de 1887, aunque lamentablemente no existe documentación de interés al respecto en su archivo histórico, depositado en el Arxiu Nacional de Catalunya, en San Cugat del Vallés. Hemos de advertir, no obstante, que en su constitución la mitad del capital era extranjero. Sobre esta empresa pueden consultarse los siguientes estudios: Izard (1974), Giralt (1981) y Delgado Ribas (1996 y 1998).

un entramado cultural complejo y multifacético, enmarcado, obviamente, en una estructura práctica y simbólica de dominación colonial.<sup>15</sup> Paul Kramer (1999: 77) califica a las exposiciones –nacionales, internacionales o universales– de mosaicos creados a partir de una variedad enorme de actitudes y realidades culturales, muchas de ellas contradictorias tanto en su forma como en su esencia.<sup>16</sup> Podríamos ir más allá y anotar que, más que de una realidad formada por teselas de diverso origen y condición, se trata de una construcción mucho más compleja, multidimensional, en la que sus elementos no pueden encajar en modo alguno porque no solo son dispares, sino porque corresponden a planos sociales, económicos y culturales antagónicos. Además, hay que tener en cuenta que esa multiplicidad de facetas no responde solo al origen y condición de los individuos, elementos e intereses que entran en juego, sino que se produce también por la disparidad de las imágenes articuladas y percibidas por quienes, desde dentro y desde fuera de la exposición, participan tanto de su elaboración como de su interpretación. Y si lo que acabamos de señalar es aplicable a prácticamente cualquier estructura expositiva, lo es aún de forma más notoria en las exhibiciones etnográficas, en las coloniales y en las parcelas asimismo coloniales de las exposiciones universales, modelos que parcialmente asume el certamen filipino.

De acuerdo con lo que acabamos de anotar, hemos querido construir al unísono una historia interna y externa de la exposición de 1887. Para lo primero, ha sido necesario adentrarnos en las circunstancias que dieron origen al certamen y en su proceso de creación. Hemos creído indispensable conocer y presentar con cierto detalle a algunos de sus personajes más destacados –tanto exhibidores como exhibidos, pero también a quienes expresan sus opiniones sobre el evento– y profundizar en los aspectos materiales y simbólicos de la exposición. Por ello, se estudian con algún detenimiento las colecciones que se muestran y las críticas que suscitan –con especial atención a la sección de cultura, ciencias y artes–, al tiempo que nos interesamos por las circunstancias que rodean la estancia de los filipinos en Madrid, sus actividades cotidianas y, sobre todo, por las reacciones que desde distintos estamentos y sectores de la sociedad española, y desde los propios filipinos ilustrados presentes en la Península, se hacen públicas a través de la prensa o de publicaciones diversas o, simplemente, se quedan en la esfera de lo privado. Políticos, funcionarios, antropólogos, periodistas, religiosos, cronistas de tres al cuarto, comerciantes, estudiantes filipinos..., todos generan sus propias imágenes sobre lo que han visto y oído en el Parque del Retiro, y sobre lo que han visto, oído y leído acerca de esa misma y plurifacética realidad. Hemos adoptado una perspectiva marcadamente crítica en el estudio

---

<sup>15</sup> Un interesante repaso a los proyectos y modelos de estudio histórico y antropológico sobre los contextos coloniales –de potencias europeas y en el marco cronológico de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX– se puede encontrar en Stoler y Cooper (1997).

<sup>16</sup> Agradezco a P. Kramer el haberme facilitado una copia de su interesante trabajo.

de todas las cuestiones relacionadas con la organización y el desarrollo del certamen, y muy especialmente con respecto a las imágenes y discursos que hicieron públicos todos los personajes y estamentos citados. En este sentido, no se han establecido diferencias o barreras entre colonizadores y colonizados. Quizás algún potencial lector filipino pueda considerar demasiado intensa, en el mejor de los casos, la revisión crítica que se hace de las reacciones de la clase ilustrada filipina ante el certamen. Obviamente, no tengo intención alguna de atacar o destruir la imagen que pueda existir sobre el movimiento *propagandista* filipino de finales del XIX y sobre su lucha nacionalista y anticolonial. Pero esto no impide que considere absolutamente imprescindible aplicar a dichos personajes y a su práctica sociopolítica y cultural los mismos criterios y la misma metodología analítica e interpretativa empleada en el estudio de las conductas y los discursos de los individuos y grupos situados en la esfera del poder colonial español, aun a sabiendas de la distancia ética e ideológica que separa a unos y otros.

Pero la historia interna del certamen pronto se desdobra en historia externa cuando situamos en su contexto histórico global a los elementos, personajes, imágenes y circunstancias presentes o vinculadas al certamen. Así, la mayor o menor intensidad y calidad de la participación de funcionarios, militares, administradores, gobernadores provinciales, religiosos, ilustrados, comerciantes, industriales, etc., solo se puede entender y explicar si presentamos, siquiera sea de forma sucinta, a tales personajes en el contexto socioeconómico y cultural en el que se desenvuelven. Y, por supuesto, solo una historia externa puede hacernos comprender el propio sentido del certamen, por lo que no podemos olvidarnos de consignar y analizar las ideas que se manejan desde la administración española y desde otros estamentos vinculados, esencialmente el religioso, sobre la esencia y la finalidad de la exposición, ya que nos van a informar sobre el modelo colonial vigente y, también, sobre aquellos otros que se desearía aplicar. Ocurre, sin embargo, que no hay una sola esencia ni una sola finalidad, como en su momento comprobaremos.

También se transforma en historia externa la historia interna de aquella celebración cuando estudiamos algunos de los textos que fueron presentados en el certamen o que se redactaron sobre el mismo. Analizando algunas de estas publicaciones, de muy distinto origen, podremos conocer no solo cuestiones formales relativas a la exposición, sino determinados aspectos y circunstancias de la sociedad colonial. Obviamente, la utilidad de su estudio no reside tanto en la información directa que nos proporcionan, aunque en algún caso es efectivamente de gran interés, sino en el análisis de las imágenes que sobre muy distintos ámbitos de esa sociedad colonial se quiere dar a conocer en la Península, para con ello justificar determinadas prácticas. En este sentido, y adelantamos con ello algunas conclusiones, comprobamos que la utilización que hacen los distintos estamentos de la administración y

de la sociedad colonial de las nuevas disciplinas etnológicas y antropológicas resulta muy desigual. Si bien no existe una antropología colonial oficial como tal, es obvio que las obras redactadas a título particular por empleados, periodistas o militares generan un auténtico estado de opinión sobre las gentes de Filipinas, un estado de opinión que refuerza en gran medida –aunque no en todos los casos es así<sup>17</sup>– las posiciones racistas de la inmensa mayoría de los españoles residentes en las islas y de gran parte de los peninsulares interesados por el Archipiélago. Al mismo tiempo, comprobaremos en el capítulo noveno que son las órdenes religiosas las que de manera mucho más metódica y rigurosa aprovechan las posibilidades que les ofrece la antropología, no solo para conocer adecuadamente las comunidades que administran, sino para reforzar su propia posición de prestigio y dominio entre ellas. Por su parte, los ilustrados filipinos recurren también a las ciencias antropológicas para intentar refutar las interpretaciones paternal-colonialistas o simplemente racistas que les inundan.

Después de lo dicho, resulta inevitable que a lo largo de la obra abordemos de forma reiterada el estudio de textos elaborados expresamente para ser portadores y defensores de determinados mensajes. Esto es, buena parte de la información documental manejada no tiene carácter burocrático o administrativo, sino que se trata de artículos, memorias o escritos de toda índole encaminados a asentar unas ideas y unas imágenes concretas sobre la tierra y las gentes de Filipinas y sobre los modelos históricos y contemporáneos de dominio español sobre el Archipiélago. Que recurramos al análisis de discursos no debe interpretarse en clave postmoderna o desde una perspectiva más o menos mentalista del conocimiento histórico y antropológico. Se trata, simplemente, de un recurso más, de enorme importancia, para conocer e interpretar unas realidades socioeconómicas y culturales que no se reducen en ningún caso al plano de las ideas.

En los capítulos décimo y undécimo dirigimos nuestra atención hacia otros eventos feriales de finales del XIX y principios del XX, cuyo conocimiento nos permitirá desplegar un interesante análisis comparativo. De una parte, insertamos el certamen filipino en la vorágine de exposiciones universales y especializadas de las dos últimas décadas del XIX, estableciendo las similitudes y las diferencias que la acercan o separan de unas y otras. También hemos considerado oportuno profundizar en unos contextos expositivos particulares que, ya desde 1898, muestran unas determinadas imágenes de las tierras y las gentes de Filipinas –y de la labor colonial a desempeñar entre ellas– a una sociedad muy diferente de la española, a la norteamericana. En efecto, sin haber concluido aún la guerra hispano-norteamericana de 1898, los Estados Unidos aprovechan rápidamente el modelo de la exposición uni-

---

<sup>17</sup> Escapan a esa condición los trabajos de quien quizás fuera el más destacado antropólogo español de la época, Manuel Antón y Ferrándiz, que estudiaremos en el capítulo octavo.

versal, de la *world's fair*, para exhibir públicamente su incipiente pero ya firme condición de potencia colonial. Por ello, haremos una detallada comparación entre el contexto que da sentido y hace posible la exposición de 1887 y el que se manifiesta en la última exposición universal americana de finales del XIX y en las dos primeras del XX, muy especialmente en la de San Luis de 1904.

Tras el estudio detallado del certamen y su comparación con eventos contemporáneos, hemos intentado calibrar y valorar las consecuencias prácticas que pudo tener la exposición en relación con las interpretaciones y las imágenes generadas sobre Filipinas y los filipinos durante aquellas dos últimas décadas de dominio español, al tiempo que analizamos su repercusión en la administración y la política coloniales. Para ello será necesario presentar, si bien que de forma breve, la evolución de esa política colonial después de 1887 y las alteraciones producidas en los intercambios comerciales entre metrópoli y colonia, sin olvidar tampoco la valoración del renovado interés que se observa en la Península, por ejemplo en el ámbito de las publicaciones, sobre el Archipiélago. Por supuesto, también comprobaremos que todas estas transformaciones no bastan para que la administración española dé un decidido paso adelante y acepte introducir las reformas políticas y propiciar el desarrollo de mayores cotas de libertad que reclaman los filipinos pertenecientes a las élites socioeconómicas del Archipiélago, los ilustrados, muchos de ellos residentes durante uno u otro momento en la Península durante las últimas décadas del siglo XIX y testigos de excepción del certamen de 1887. El libro se cierra con el estudio del modelo ideológico-colonial que se despliega con la exposición, modelo que consideramos un fiel reflejo del ambivalente y contradictorio sustrato teórico-político que define la práctica colonial hispana en Filipinas durante el último tercio del siglo XIX.